

El ámbito de la afectividad humana en el pensamiento filosófico de Dietrich von Hildebrand

**The Field of Human Affectivity
in the Philosophical Thought of Dietrich von Hildebrand**

RAMÓN DÍAZ

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla
México

La presente comunicación pretende abordar el ámbito de la afectividad humana tal como aparece desarrollada en el pensamiento filosófico de Dietrich von Hildebrand, importante pensador alemán perteneciente al llamado Círculo fenomenológico de Gotinga, que tuvo en las *Investigaciones lógicas* de Edmund Husserl su principal inspiración metodológica. El cometido de este pensador fue mostrar el papel que juega el ámbito de la afectividad en el desarrollo pleno de la vida estética, moral y religiosa del hombre. Para lograrlo, no solo se propuso explorar las principales manifestaciones de la afectividad humana de manera rigurosa, poniendo de relieve el carácter "intencional" y, por lo tanto, espiritual de las mismas, sino también desenmascarar de manera crítica las distorsiones y perversiones más comunes que afectan la adecuada dinámica de este ámbito, que no tienen punto de comparación con las de otros ámbitos de la subjetividad humana, como el entendimiento y la voluntad.

The present communication attempts to approach the field of human affectivity such as it is developed in Dietrich von Hildebrand's philosophy. Dietrich von Hildebrand was an important German thinker member of the so-called Göttingen Phenomenological Circle, mainly methodologically inspired by Husserl's *Logical Investigations*. Hildebrand wanted to show the role played by the field of affectivity in the full development of mankind's aesthetic, moral and religious life. In order to achieve this, not only did he purport to explore the main manifestations of human affectivity in a rigorous manner, highlighting the "intentional" and hence spiritual character of the same, but also to critically unmask the most common distortions and perversions that affect the adequate dynamics of this field, that is not to be compared to the other fields of human subjectivity, such as understanding and will.

§ 1.

La afectividad tiene una importancia muy grande en la existencia humana. En ella tienen lugar, por ejemplo, peculiares *movimientos interiores* como la conmoción, el enternecimiento, la compasión, el sufrimiento, la aflicción, el entusiasmo, la alegría, el gozo, la beatitud, el amor –entre otros–, sin los cuales no puede entenderse pero, sobre todo, vivir el hombre. A través de la afectividad, en efecto, el hombre “experimenta” dentro de sí los objetos y los sucesos del mundo de manera positiva o negativa, “prueba” en su ser con agrado o desagrado los contenidos axiológicos de estos; no solo advierte su excepcional presencia con su conciencia sino que da cuenta de ella, además, con “vivencias” multifacéticas, coloridas, vibrantes, cálidas.

En la afectividad tienen origen, a su vez, las *posturas* y las *actitudes* fundamentales del hombre –como la admiración, el enmudecimiento, la reverencia, la veneración, el arrepentimiento, la misericordia, el perdón, la esperanza, el agradecimiento– que evidencian la forma como este se halla interiormente “situado” ante los objetos del mundo, el modo como este se encuentra personalmente “colocado” ante los sucesos que en él ocurren; en una palabra, la íntima manera como está “puesto” o “indispuesto” ante todos ellos en razón de su importancia intrínseca. Cada postura es una “palabra afectiva” que el hombre dirige a los objetos y sucesos del mundo; cada actitud expresa lo que el hombre “siente” en definitiva por ellos en su interior.

La afectividad es la “esfera” más reservada del hombre, el “recinto” profundo donde este dialoga consigo mismo. En su “espacio” secreto tienen cabida los sentimientos más íntimos y las experiencias más hondas del hombre; por ello constituye la “sede” más propia de su humanidad. La afectividad revela que el hombre no es solo un ser que conoce y quiere, aprehende y se determina, capta o tiende, sino también que “siente”: por un lado, es *tocado* por los objetos y sucesos del mundo, pero, por el

otro, es capaz de *responder* a estos con afectos propios. Es posible decir, por eso, que además de entendimiento y de voluntad, el hombre está dotado de "corazón".

Los objetos y sucesos del mundo encuentran en la afectividad del hombre el "órgano" adecuado para la recepción de su excepcional presencia; por un lado, ella es el "escenario" donde cada uno despliega la grandeza de su belleza, la dulzura de su bondad, el misterio de su sacralidad; por el otro, es la "caja" de resonancia de su original palabra, su voz específica, donde cada uno no solo *sacude* con relativa intensidad al hombre, sino también *reverbera* indefinidamente dentro de este. No es extraño, por ello, que la afectividad juegue un papel relevante en dimensiones fundamentales de la existencia humana, como la vida estética, la vida moral y la vida religiosa del hombre, que se alimentan constantemente de esto. No es posible entender, en el fondo, las experiencias estéticas, las experiencias morales y las experiencias religiosas del hombre más que como vivencias "afectivas" de su ser.

Pero así como los objetos y sucesos del mundo encuentran en la afectividad del hombre el "santuario" que los salvaguarda de la pretensión o de la indiferencia, la "reserva" que los sustrae de la publicidad y del escándalo, el "refugio" que los protege de la instrumentalización o del usufructo, objetos y sucesos del mundo ofrecen al hombre, a través de la afectividad, contenidos para sus pensamientos, estímulos para sus deseos, incentivos para sus decisiones, motivos para sus esperanzas, impulsos para sus acciones y, en definitiva, razones para su felicidad, pues todas las "venturas" y "desventuras", las "dichas" y las "desdichas" que padece y prueba el hombre durante su existencia terrena tienen su punto de confluencia en ella.

§ 2.

La afectividad, con todo, ha sido poco entendida por el hombre mismo a través del tiempo.

En la vida cotidiana es posible observar, por ejemplo, cómo el hombre no siempre logra apreciar de manera adecuada su dimensión afectiva. Cuando determinados objetos o sucesos del mundo reclaman –incluso de manera espontánea y clara– la participación de su corazón, en lugar de responder a estos con una personal palabra afectiva o de experimentarlos vivamente en sus profundas entrañas, el hombre prefiere salir a su encuentro con determinaciones de su voluntad o con aprehensiones de su entendimiento; privilegia, por encima de la relación afectiva, la relación cognoscitiva o la relación volitiva mediante las cuales "conoce" algo de ellos o "decide" algo con relación a ellos; ciertamente no deja de "sentir" algo por los objetos y sucesos del mundo, pero *minimiza*, por un lado, y *silencia*, por el otro, los sentimientos de su corazón, pues considera que delante de las determinaciones de la voluntad o de las aprehensiones del entendimiento, los movimientos de su afectividad son quizá menos "serios" o demasiado "volubles", meros epifenómenos "subjetivos" de importantes fenómenos objetivos.

Pero donde mejor puede apreciarse la falta de entendimiento de la dimensión afectiva es en la vida intelectual del hombre, especialmente en el ámbito donde debería predominar por vocación propia la aprehensión explícita y la penetración profunda, el discernimiento crítico y la exploración rigurosa de la inteligencia humana: la filosofía. En él más bien se constata, con bastante frecuencia, cómo existen sobre la afectividad múltiples concepciones equívocas e incluso flagrantes errores acerca de su estructura esencial y su naturaleza específica, como resultado, por lo general, de inverosurados aunque inconscientes prejuicios. El más pernicioso de todos ellos es el que niega a la afectividad del hombre un estatuto análogo al del entendimiento y al de la voluntad, esto es, un carácter verdaderamente "espiritual". Para una buena parte de los filósofos del pasado inmediato pero también remoto, los afectos humanos son movimientos interiores completamente "irracionales", indignos, por tanto, de ser investigados por ellos mismos.

§ 3.

Un pensador que intentó enmendar el lamentable estado en el que se encuentra la afectividad en el ámbito de la filosofía con aportaciones fecundas y originales fue el alemán Dietrich von Hildebrand, nacido en Florencia el 12 de octubre de 1889 y muerto en Nueva York el 26 de enero de 1977.

Sexto hijo y único varón del célebre escultor y teórico del arte Adolf von Hildebrand (1847-1921)¹, estudió filosofía en la Universidad de Munich con Alexander Pfänder (1870-1941) y Moritz Geiger (1880-1933), aunque después continuó sus estudios con Adolf Reinach (1883-1917) y Edmund Husserl (1859-1938) en la Universidad de Gotinga. Atraído a la fenomenología a partir de la lectura de las *Investigaciones lógicas* de este último², encontró en esta obra su principal inspiración metodológica para emprender el análisis filosófico de las "esencias genuinas" –altamente inteligibles y absolutamente ciertas– de ciertos objetos y sucesos del mundo³.

¹ Para información más precisa sobre Dietrich von Hildebrand, puede consultarse, por un lado, von Hildebrand, Alice, *Alma de león*, Madrid: Palabra, 2002 y; por el otro, Seifert, Josef, "Dietrich von Hildebrand (1889-1977) y su escuela", en: Coreth, Emerich, Walter M. Neidl y Georg Pfligersdorffer (eds.), *Filosofía cristiana en el pensamiento católico de los siglos XIX y XX*, 3 vols., Madrid: Encuentro, 1997, vol. 3, pp. 161-188.

² Husserl, Edmund, *Logische Untersuchungen*, Halle: Max Niemeyer, 1900-1901. Cfr. Husserl, Edmund, *Investigaciones lógicas*, traducción de José Gaos y Manuel García Morente, Madrid: Alianza Editorial, 1985, segunda edición.

³ Von Hildebrand, Dietrich, *¿Qué es filosofía?*, Madrid: Encuentro, 2000, pp. 212-213. Sobre la determinación ontológica de estas "esencias genuinas" puede verse el capítulo IV de esta obra, de manera particular, el apartado 3: "Las esencias genuinas pueden captarse intuitivamente", pp. 97-128.

Durante su vida escribió importantes obras de epistemología⁴, de ética⁵ y de estética⁶, así como de sociología⁷, de religión⁸ y de ascética⁹. Buena parte de su talento la dedicó a la confección de análisis filosóficos de diversos “fenómenos humanos” como el amor¹⁰, el matrimonio¹¹, la virginidad y la pureza¹², de los cuales intentó determinar –a semejanza de Max Scheler, que fue amigo suyo– sus principales “leyes esenciales” y sus “relaciones de sentido”. Entre estos análisis se destacan, por su claridad y penetración, los dedicados a desentrañar la naturaleza de la dimensión afectiva.

Aunque en casi todas sus obras es posible encontrar referencias más o menos explícitas a la afectividad humana e incluso tratamientos en cierto sentido minuciosos sobre algunos fenómenos afectivos fundamentales –como el importantísimo capítulo 17 de su *Ética*, dedicado a elucidar, entre otras cosas, los diferentes tipos de vivencias humanas a partir del concepto husserliano de “intencionalidad”¹³ y el estudio fenomenológico sobre el amor, en el que intenta determinar minuciosamente su estructura esencial como “respuesta afectiva” al valor integral de otra persona¹⁴–, los textos donde mejor pueden encontrarse sus consideraciones positivas sobre la esfera afectiva son los ensayos “Las formas espirituales de la afectividad”¹⁵ y “El corazón humano”¹⁶ y, de manera particular, el libro *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*¹⁷.

⁴ *Was ist Philosophie?*, Regensburg: Josef Habbel, 1976. Reelaboración y ampliación del libro *Der Sinn philosophischen Fragens und Erkennens*, Bonn: Peter Hanstein, 1950.

⁵ “Die Idee der sittlichen Handlung”, en: *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, vol. III, Halle: Max Niemeyer, 1916, pp. 126-251; “Sittlichkeit und ethische Werterkenntnis. Eine Untersuchung über etische Strukturprobleme”, en: *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, vol. V, Halle: Max Niemeyer, 1922, pp. 462-602; *Wahre Sittlichkeit und Situationsethik*, Düsseldorf: Patmos, 1957; *Sittliche Grundhaltungen*, Regensburg: Josef Habbel, 1969, cuarta edición; *Ethik*, Regensburg: Josef Habbel, 1973; *Moralia*, Regensburg: Josef Habbel, 1980.

⁶ *Mozart, Beethoven, Schubert*, Regensburg: Josef Habbel, 1962; *Ästhetik I*, Regensburg: Josef Habbel, 1977; *Ästhetik II, Gesammelte Werke*, vol. VI, Stuttgart: Kohlhammer, 1984.

⁷ *Metaphysik der Gemeinschaft*, Regensburg: Josef Habbel, 1975.

⁸ *Liturgie und Persönlichkeit*, Salzburg: Anton Pustet, 1933; *Die Umgestaltung in Christus*, Regensburg: Josef Habbel, 1971; *Das Trojanische Pferd in der Stadt Gottes*, Regensburg: Josef Habbel, 1968; *Die Enzyklika “Humanae Vitae”*. Ein Zeichen des Widerspruchs, Regensburg: Josef Habbel, 1968; *Zölibat und Glaubenskrise*, Regensburg: Josef Habbel, 1970; *Der Verwüstete Weinberg*, Regensburg: Josef Habbel, 1973; *Über die Dankbarkeit*, St. Ottilien: Eos, 1980; *Über den Tod*, St. Ottilien: Eos, 1980.

⁹ *Heiligkeit und Tüchtigkeit*, Regensburg: Josef Habbel, 1969; *Tugend heute*, Regensburg: Josef Habbel, 1969.

¹⁰ *Das Wesen der Liebe*, Regensburg: Josef Habbel, 1971.

¹¹ *Die Ehe*, München: Ars Sacra, 1929; *Man and Woman*, Chicago: Franciscan Herald Press, 1966.

¹² *Reinheit und Jungfräulichkeit*, Einsiedeln: Benziger, 1950; *Purity. The Mystery of Christian Sexuality*, Ohio: The Franciscan University Press, 1989.

¹³ *Ética*, traducción de Juan José García Norro, Madrid: Encuentro, 1983, pp. 190-239 (*Ethik*, pp. 201-253).

¹⁴ *La esencia del amor*, traducción de José Luis del Barco y Juan Cruz Cruz, Pamplona: Eunsa, 1998, especialmente los capítulos 1, 2 y 3 (*Das Wesen der Liebe*).

¹⁵ *Las formas espirituales de la afectividad*, traducción de Juan Miguel Palacios, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1996 (“Die gestigen Formen der Affektivität”, en: *Philosophisches Jahrbuch*, vol. LXVIII, München, 1960, pp. 180-190; publicado posteriormente en: *Situationsethik und kleinere Schriften*, Regensburg: Josef Habbel, 1973, pp. 195-208). En adelante, *Las formas espirituales*.

¹⁶ “El corazón humano”, en: *Actitudes morales fundamentales*, traducción de Aurelio Ansaldo, Madrid: Palabra, 2003, capítulo X, pp. 167-186 (“The Human Heart”, en: *The Art of Living*, Chicago: Franciscan Herald Press, 1965).

¹⁷ *El corazón. Un análisis de la afectividad humana y divina*, traducción de Juan Manuel Burgos, Madrid: Palabra, 1998, tercera edición (*Über das Herz. Zur menschlichen und gottmenschlichen Affektivität*, Regensburg: Josef Habbel, 1967). En

§ 4.

En esta última obra, Hildebrand defiende una concepción tripartita del hombre. Según él, el hombre se compone de entendimiento, de voluntad y de afectividad¹⁸. Estas tres "facultades" constituyen la estructura óptica del hombre; son las "raíces fundamentales" de su vida espiritual¹⁹. Cada una de ellas cuenta con un campo propio de vivencias²⁰, si bien reconoce que el entero mundo de estas vivencias no puede reducirse de manera simplista a estas tres únicas potencias humanas, pues muchas de estas bien pudieran tener otro origen en el ser del hombre. La riqueza del hombre presenta en la experiencia tantos aspectos que impiden en la práctica reducirlos a unos pocos de manera apriorística, especialmente sin un análisis metódico de cada uno²¹.

El entendimiento, la voluntad y la afectividad se presentan en el hombre como los "centros operativos" de estas vivencias, pues cada una de estas apela, de alguna manera, a estas tres facultades como su fuente última; estas vivencias, a su vez, convierten al entendimiento, la voluntad y la afectividad del hombre en "esferas" o "ámbitos" específicos de su ser, el "lugar" –por decirlo así– donde ellas se encuentran y se despliegan, de acuerdo a su sentido propio. Así pues, en el hombre habrá "vivencias cognoscitivas" que tendrán en el entendimiento su centro operativo (esfera cognoscitiva), "vivencias volitivas" que tendrán en la voluntad su centro operativo (esfera volitiva) y "vivencias afectivas" que tendrán en la afectividad su centro operativo (esfera afectiva)²².

Aunque el entendimiento, la voluntad y la afectividad son, a su manera, representantes genuinos de la subjetividad humana, es la afectividad la que mejor expresa –por encima del entendimiento y la voluntad– la "vida interior" del hombre²³. Esta vida cuenta con distintos niveles de "profundidad" que van desde los más superficiales hasta los más hondos, desde los más extrínsecos hasta los más íntimos²⁴. Mientras entendimiento y voluntad revelan que el hombre "realiza actos", la afectividad evidencia que el hombre "vive algo". A través de la afectividad, por eso, se da el paso en el hombre del desarrollo de una vida objetiva pura a la configuración de una "vida propia"²⁵.

Hildebrand denomina "corazón" al estrato más íntimo de la esfera afectiva²⁶. A veces habla del "corazón" para denominar todo el ámbito de fenómenos humanos que

adelante, *El corazón*. De esta obra existe una primera versión española: *La afectividad cristiana*, traducción de Martín Ezcurdía, Madrid: Fax, 1968.

¹⁸ *El corazón*, p. 56; *Las formas espirituales*, pp. 20-21.

¹⁹ *El corazón*, pp. 58-59, nota 3.

²⁰ El término "vivencia" es empleado por Hildebrand, en este contexto, de manera muy amplia.

²¹ *Loc. cit.*

²² *Ética*, pp. 194-204.

²³ *El corazón*, pp. 24, 26 y 57.

²⁴ *Ibid.*, p. 60.

²⁵ *Ibid.*, p. 57.

²⁶ *Ibid.*, pp. 58-59.

son esencialmente distintos a los del entendimiento y los de la voluntad –la “afectividad” en cuanto tal²⁷– pero en ocasiones se refiere al “corazón” como el punto medular de dicho ámbito, su núcleo mismo²⁸. El lenguaje ordinario, por lo demás, da testimonio cumplido de estos dos sentidos del mismo término. Cuando el Evangelio dice, por ejemplo, que “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón” (Lc. 2, 19), toma al “corazón” en el primer sentido; pero cuando el mismo Evangelio afirma que “la boca habla de lo que en el corazón abunda” (Mt. 12, 34), toma el “corazón” en el segundo sentido.

Sin embargo, el “corazón” puede entenderse todavía en otro sentido, según Hildebrand²⁹. En él ya no se concibe como el estrato más íntimo del hombre, el nivel más profundo de su afectividad, mucho menos como expresión de toda la esfera afectiva; se trata, más bien, *del hombre mismo*. A través del corazón “habla” la persona, mediante el corazón se “entrega” el yo³⁰. En el Evangelio, Jesús no solo conoce el corazón de los hombres, quién es cada uno (*cf.* Lc. 5, 22); también ellos conocen a Jesús cuando este les muestra su corazón; a través de su corazón saben quién es Él. Así, en ese extraordinario pasaje de la viuda de Naim: “Al verla, el Señor sintió que se le enternecía el corazón por ella” (Lc. 7, 13). En este pasaje ya no están de por medio emociones o sentimientos sino, en cuanto tal, personas.

§ 5.

Según Hildebrand, la experiencia humana más elemental permite reconocer la importancia de la afectividad en la vida de cada hombre; permite examinar, sobre todo, el papel del corazón en las circunstancias más importantes de la vida de cada persona. Después de todo, tener un corazón capaz de amar y de odiar por diversas razones, que puede conmoverse y afligirse por muchos motivos, que puede experimentar ansiedad o sufrimiento por diversos hechos, que se alegra o entristece por determinados acontecimientos, es la característica más específica del hombre³¹.

Ha sido el arte, por lo demás, el ámbito cultural que mejor ha sabido captar la importancia de la afectividad en la vida del hombre³². A través de grandiosas narraciones literarias y delicadas composiciones poéticas, ha plasmado las complejidades del corazón humano, explorado sus recovecos, sondeado sus profundidades, expuesto sus oscuridades, descrito sus movimientos, calado sus temperaturas e incluso valorado sus afectos de múltiples maneras.

²⁷ *Ibid.*, p. 58.

²⁸ *Ibid.*, pp. 58-59.

²⁹ *Ibid.*, capítulo 8, pp. 133-139.

³⁰ *Ibid.*, p. 135.

³¹ *Ibid.*, p. 15.

³² *Ibid.*, p. 31.

Del ámbito religioso se puede decir lo mismo. Difícilmente pueden concebirse las oraciones de las grandes almas, las devociones de la gente sencilla y los comportamientos de los ilustres santos sin el concurso del corazón, ya sea porque de alguna manera brotan de él o porque en cierto sentido apelan a este³³. Incluso la liturgia de la Iglesia, pese a la sobria objetividad de sus símbolos y de sus gestos, sería incomprendible sin el reclamo de la esfera afectiva de los fieles participantes en ella. Aunque ella habla sencillamente de ciertos "hechos salvíficos" ocurridos en el mundo, estos tienen por cometido alcanzar el corazón de los hombres de todos los tiempos, hacerles experimentar dentro de sí estos acontecimientos³⁴.

Pese a todo, la esfera afectiva ha sido mirada con desconfianza por parte de la filosofía³⁵. Esta, según Hildebrand, en lugar de reconocer el importante papel que tiene la afectividad en la vida del hombre, ha puesto esta esfera "bajo una nube" y ha considerado el corazón "como a un hijastro"³⁶. No solo ha dado poco espacio a la exploración minuciosa de su estructura interna en sus reflexiones³⁷, sino que incluso le ha conferido un estatuto inferior al del entendimiento y al de la voluntad en la estructura óptica del hombre, desconociendo con ello su carácter espiritual³⁸.

§ 6.

Esta desconfianza de la filosofía hacia la esfera afectiva se nutre de un peculiar fenómeno –sin paralelo en las otras esferas fundamentales del ser del hombre, como el entendimiento o la voluntad³⁹– al que Hildebrand denomina "falta de autenticidad"⁴⁰. Esta expresión alude a las principales "deformaciones" que puede experimentar la afectividad en la vida concreta de los hombres, las cuales terminan corrompiendo su auténtico significado antropológico e incluso su relevancia ética.

La primera de estas deformaciones⁴¹ se encuentra en el hombre que presenta una ampulosa reverberación afectiva, que ostenta, en el fondo, un "falso *pathos*" en su interior⁴². Se trata, según Hildebrand, del hombre "fanfarrón" que se recrea en sus sentimientos hinchándolos retóricamente⁴³. Ya sea que se indigne o se entusiasme por algo, el cometido de este hombre es deleitarse en la expansión emotiva que producen

³³ *Loc. cit.*

³⁴ *Ética*, pp. 75 y 205, notas 18 y 245.

³⁵ *El corazón*, pp. 26 y 31.

³⁶ *Ibid.*, p. 31.

³⁷ *Ibid.*, pp. 24 y 31.

³⁸ *Ibid.*, p. 26; *Las formas espirituales*, p. 9; "El corazón humano", p. 169.

³⁹ *El corazón*, p. 51.

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 40 y 51.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁴² *Ibid.*, p. 40.

⁴³ *Loc. cit.*

estos afectos en su interior, gozarse en la resonancia psíquica que engendran estos afectos, más que complacerse en sus motivos propios⁴⁴.

La segunda de estas deformaciones⁴⁵ se encuentra en el hombre encerrado en un egocentrismo excitable⁴⁶. Según Hildebrand, se trata del hombre "histérico" que mide la autenticidad de sus vivencias emotivas por el grado de intensidad –muchas veces incontrolable– con que estas se presentan en su interior, dando por resultado una falsificación de sus afectos⁴⁷. El pesar, la contrición o la compasión, por ejemplo, se vivencian en él de forma exagerada⁴⁸. Como este hombre busca, además, atraer la atención de otras personas con las cuales convive⁴⁹ –pues se mueve por razones ego-céntricas– muchas veces procura mostrar cuán hondamente inciden estos afectos en su interior con efectismos dramáticos.

La tercera de estas deformaciones⁵⁰ –con mucho, la de mayor relevancia para Hildebrand, por las perniciosas consecuencias que se desprenden de ella para la vida afectiva– es la del hombre que se deleita en el "sabor" de sus propias vivencias afectivas porque se encuentra replegado sobre sí mismo⁵¹. Se trata, según Hildebrand, del hombre "sentimental" que se encuentra inmerso en los efectos subjetivos que generan dentro de él los objetos y sucesos del mundo que los motivan⁵². Cualquier vivencia de pesar o de conmoción que experimenta por algo, por ejemplo, es convertida en ocasión de una vivencia placentera, perdiendo de vista la razón verdadera de la misma⁵³. A este hombre le deleita que su corazón sea continuamente "tocado" y "afectado" –de manera positiva o negativa– por los objetos y sucesos del mundo, sin importar si estos objetos y sucesos del mundo son intrínsecamente relevantes o no.

Cada una de estas deformaciones de la esfera afectiva puede ser valorada moralmente. Mientras el hombre "fanfarrón" es movido por el orgullo⁵⁴ y el "sentimental" por la concupiscencia⁵⁵ –porque el primero se mueve dentro de una dinámica de glorificación de sí mismo⁵⁶ y el segundo se mueve dentro de una dinámica de delectación subjetiva⁵⁷– el hombre "histérico" es una curiosa mezcla de ambos defectos⁵⁸, porque su deleite subjetivo consiste en encontrarse en el centro de atención de otras personas mediante el efecto de ciertas vivencias⁵⁹.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 40-41.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 40-51.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 46.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 47.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 48.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 47.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 41-46.

⁵¹ *Ibid.*, p. 41.

⁵² *Ibid.*, pp. 41-42; 97-101.

⁵³ *Ibid.*, pp. 42, 44 y 45.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 41.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 42.

⁵⁶ *Ética*, p. 428.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 418.

⁵⁸ *El corazón*, p. 47.

⁵⁹ *Loc. cit.*

De cualquier manera, Hildebrand considera injusto desconfiar de la esfera afectiva en razón de sus deformaciones posibles en algunos hombres⁶⁰. Ellas no indican ningún "defecto" de esta importante dimensión humana, sino solo el peligro que existe cuando es asumida por el hombre de manera inadecuada. Pero aunque así fuera, resulta curioso constatar que esta desconfianza no se extiende por igual al entendimiento y a la voluntad, aunque las concepciones erróneas y las falsas interpretaciones que se han hecho de ellas por parte de muchos filósofos han tenido a través de la historia muchas consecuencias perniciosas⁶¹.

§ 7.

Con todo, Hildebrand atribuye el rebajamiento de la esfera afectiva a la incapacidad de la misma filosofía para cumplir con el trabajo científico que le está encomendado en su naturaleza propia: por un lado, partir exclusivamente de los datos de la experiencia para realizar sus análisis, sumergiéndose una y otra vez en la rica plenitud cualitativa de estos datos⁶²; y, por el otro, hurgar de manera meticulosa en la naturaleza específica de estos datos recabados de la experiencia, operando sobre ellos distinciones fundamentales⁶³.

En lugar de ello, dice Hildebrand, la filosofía ha preferido muchas veces partir de "explicaciones" sobre esos datos que son totalmente incompatibles con la experiencia, de "hipótesis" que no llevan las cartas credenciales de los datos inmediatamente presentes ante la conciencia⁶⁴, porque, en última instancia, se ha olvidado de consultar una vez tras otra la realidad misma, su presencia originaria⁶⁵. Además, con mucha frecuencia se ha dejado llevar por simplificaciones excesivas o por reduccionismos groseros a la hora de penetrar en estos datos, incapacitándose de esa manera para discernir con agudeza aspectos de estos datos que en ocasiones son demasiado sutiles⁶⁶.

De estas deficiencias epistemológicas se han originado los prejuicios más conocidos sobre la afectividad en el ámbito de la filosofía. Estos prejuicios, según Hildebrand, pueden sintetizarse principalmente en tres.

El primero es el que interpreta toda la esfera afectiva a la luz de ciertas vivencias afectivas de estatuto ontológico inferior, como los "sentimientos corporales", los "estados emocionales" o las "pasiones", consideradas estas últimas en sentido estricto⁶⁷.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 51.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 51-52.

⁶² *Ética*, p. 14.

⁶³ *Loc. cit.*

⁶⁴ *Ibid.*, p. 15.

⁶⁵ *El corazón*, pp. 26 y 58.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 33.

⁶⁷ *Ibid.*, pp. 33-36 y 72; *Ética*, pp. 124 y 203.

Como estas vivencias afectivas muestran, a su manera, tener un carácter "irracional" e "inestable"⁶⁸, se termina pensando que esta es, en el fondo, la verdadera índole de toda la esfera afectiva.

El segundo es el que supone que la esfera afectiva depende de alguna manera del cuerpo o al menos lo implica necesariamente, de tal manera que todas las vivencias afectivas habría que verlas más o menos como "efectos" (subjetivos) originados por diversos "estados" (objetivos) del cuerpo⁶⁹. Al cambiar la condición orgánica del hombre se modifica también la situación anímica de este. De esta manera, se habla del carácter "fisiológico" de la felicidad o de la infelicidad, del amor o del odio, de la alegría o la tristeza, del buen humor o del malhumor, de la euforia o la depresión, de la irritabilidad o la ecuanimidad, del dolor o del placer.

El tercero es el que considera las vivencias afectivas más importantes de la entera esfera afectiva –como el entusiasmo, la alegría, el amor, la pena o el enfado– sin la vinculación orgánica, necesaria y significativa, con los objetos que las suscitan en el interior del hombre y en los cuales se encuentran tanto su sentido como su justificación⁷⁰. Separadas de sus respectivos objetos, estas vivencias afectivas pierden automáticamente su "dignidad" y su "seriedad" y, en última instancia, su intrínseca "sustancialidad"⁷¹.

§ 8.

Sin embargo, sostiene Hildebrand, un genuino análisis filosófico de estos habituales prejuicios sobre la afectividad puede mostrar los fundamentales errores epistemológicos que están a la base de cada uno de ellos.

En el primer prejuicio, por ejemplo, no se cae en la cuenta de que la esfera afectiva comprende una enorme variedad de vivencias afectivas que se distinguen entre sí por su cualidad psíquica, su estructura esencial y su rango ontológico⁷²; por eso sería desastroso para la filosofía considerar todas estas vivencias afectivas como realidades entre sí homogéneas⁷³. Existe una gran diferencia entre un sentimiento corporal como el "placer físico" y un sentimiento espiritual como la "fruición interior"; un abismo enorme separa un estado anímico de "depresión intensa" de un estado espiritual de "tristeza profunda"⁷⁴. Igual puede decirse del estado psíquico de "buen humor" con relación a la auténtica "alegría" y de la "contrición" genuina respecto del puro "remordimiento".

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 73-80.

⁶⁹ *Las formas espirituales*, pp. 18-20; "El corazón humano", pp. 175-177.

⁷⁰ *El corazón*, pp. 36-37.

⁷¹ *Loc. cit.*

⁷² *Ibid.*, pp. 60 y 34.

⁷³ *Ibid.*, pp. 34 y 88.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 34.

Dicho sea de paso, esta diversidad de las vivencias afectivas encuentra *cierta analogía* con la variedad de actos cognoscitivos que tienen lugar en el entendimiento humano, en el que un mero proceso de "asociación mental" se diferencia de manera radical de la "penetración intuitiva" de un estado de cosas necesario por su rango ontológico y un "silogismo filosófico" se destaca de manera considerable del puro "mariposeo de la imaginación" por su estructura esencial⁷⁵.

Lo anterior permite entender por qué términos como "emoción", "sentimiento", "pasión" –empleados con frecuencia en el habla ordinaria para designar el entero mundo de las vivencias afectivas del hombre– son, en el fondo, inadecuados para hacer justicia a las notables diferencias esenciales que existen entre estos fenómenos; por qué no puede hacerse empleo de ellos de manera unívoca e incluso analógica sin un paciente pero, sobre todo, metucioso trabajo de penetración y clarificación previo realizado sobre este movedizo terreno⁷⁶.

En el segundo prejuicio, por su parte, se pasa por alto que la relación de las vivencias afectivas con el cuerpo depende de la naturaleza misma de las vivencias que en cada caso están en cuestión en el interior del hombre⁷⁷.

Hay vivencias afectivas que no solo están en relación estrecha con el cuerpo, sino que son, por decirlo así, "voces" del mismo cuerpo, formas como este se hace "sentir" en el interior del hombre, como el dolor de cabeza o el cansancio, la irritación de los ojos debido al excesivo contacto con la polución y la luz o el dolor experimentado en un brazo por el pinchazo de una inyección hipodérmica; también hay que contar entre estas vivencias el placer que se prueba al tomar un baño caliente en una tarde de frío o por la refrescante brisa que toca el rostro en un día soleado⁷⁸. Estas vivencias –a las que Hildebrand denomina "sentimientos corporales"– están tan estrechamente ligadas al cuerpo que incluso se localizan en un específico lugar de este⁷⁹. Mediante ellas, el hombre toma consciencia directa de su propio cuerpo. Así pues, el carácter "corporal" de estas vivencias afectivas se evidencia en la misma cualidad de estas vivencias y en la naturaleza de la manera como son experimentadas por el hombre⁸⁰.

Hay otras vivencias afectivas que no ostentan esta relación "fenomenológica" con el cuerpo. Se trata de estados o de humores que tienen un rasgo marcadamente más "subjetivo", como la depresión o la euforia, el malhumor o el estar de buenas⁸¹. A través de ellas el hombre se sumerge dentro de sí mismo y se desvincula incluso de su propio cuerpo y del mundo-entorno. Hildebrand los denomina "sentimientos psíquicos" o también "estados emocionales"⁸². Aunque estas vivencias pueden originarse

⁷⁵ *Loc. cit.*

⁷⁶ *Ética*, pp. 203 y 124; *El corazón*, p. 34.

⁷⁷ *Las formas espirituales*, pp. 18 ss.; "El corazón humano", pp. 175 ss.

⁷⁸ *El corazón*, p. 60.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 60-61; *Las formas espirituales*, p. 18; "El corazón humano", p. 176.

⁸⁰ *El corazón*, p. 61.

⁸¹ *Ibid.*, pp. 64-65.

⁸² *Loc. cit.*; *Las formas espirituales*, pp. 18-19; "El corazón humano", p. 176.

por diversos factores corporales –como la pésima alimentación, la introducción en él de ciertas sustancias químicas o la mala calidad del sueño– no se trata de una relación consciente y significativa con el cuerpo, sino meramente “causal” con este. El cuerpo se convierte en el “agente” que produce en el hombre esos estados o humores que, sin embargo, son vividos por este positiva o negativamente con independencia de dicho agente. La conciencia o la inconciencia de su “causa corporal” no modifica en modo alguno la experiencia interior de estas vivencias. Además, algunos de estos estados o humores pueden deberse a causas puramente anímicas y no solo corporales, como la angustia que se suscita en el interior del hombre por una tensión psíquica no desalojada o el espanto que experimenta dentro de sí el hombre por una impresión no tramitada de forma adecuada.

Sin embargo, hay vivencias afectivas que no guardan ninguna relación con el cuerpo en cualquiera de estos dos sentidos, como la alegría por la conversión de un pecador por mucho tiempo reacio, el arrepentimiento por el mal objetivo infligido a otra persona de manera injusta, la compasión por las desgracias físicas o morales acontecidas a un conocido o el amor que nace espontáneamente en el corazón por la concepción de un nuevo hijo. Son esas vivencias afectivas a las que Hildebrand da el nombre genérico de “sentimientos espirituales”⁸³, por medio de las cuales el hombre experimenta dentro de sí esos estados de cosas significativos o responde a ellos con una palabra interior propia, si bien entre ellas existen todavía ulteriores diferencias fundamentales. Estas vivencias son tan independientes del cuerpo como cualquier acto de conocimiento realizado con el entendimiento o cualquier toma de posición asumida con la voluntad; por ello, merecen recibir el apelativo de “espirituales”⁸⁴. El hecho de que presenten “efectos vivenciados” en el cuerpo⁸⁵ cuando se presentan en el interior del hombre –como las palpitations aceleradas del corazón o los cambios en la coloración del rostro– *no hace* que estas vivencias afectivas sean más “corporales” y, por lo mismo, menos “espirituales” que los actos cognoscitivos o los actos volitivos. De hecho, aquí se comprueba una relación causal con el cuerpo en sentido inverso al de las otras vivencias, porque no son estas las que se convierten en “efectos” de las alteraciones del cuerpo, sino que es el cuerpo el que se convierte en “órgano expresivo” del espíritu a través de estas vivencias afectivas⁸⁶.

En el tercer prejuicio, por otro lado, se pierde de vista que ciertas vivencias afectivas –como el amor, la alegría, el enfado, la pena, la compasión, el gozo– pierden toda su “razón de ser” cuando, sin justificación alguna, se desvinculan de los objetos y sucesos del mundo que las suscitan en el interior del hombre, como el matrimonio con una extraordinaria mujer o la pérdida del trabajo, una enfermedad prolongada o el

⁸³ *El corazón*, pp. 65-72.

⁸⁴ *Las formas espirituales*, pp. 19-20.

⁸⁵ *Las formas espirituales*, p. 20.

⁸⁶ *Ética*, p. 202.

éxito de algunos negocios, un paisaje admirable o la basura que hay en la calle⁸⁷. Estas vivencias no son meros "estados psíquicos" que tienen lugar en el interior del hombre, simples "hechos empíricos" que expresan su compleja situación anímica; antes bien, son verdaderas "respuestas afectivas" de su corazón a ciertos sucesos y objetos del mundo de carácter significativo, una "réplica emocional" a la importancia intrínseca de estos; por eso no pueden entenderse al margen de ellos ni pueden considerarse con independencia de ellos⁸⁸.

Por la misma razón, no tiene mucho sentido analizar estas vivencias afectivas desde el punto de vista de su duración anímica o su intensidad emocional –como se hace, por ejemplo, con los estados corporales del dolor y del cansancio o los estados psíquicos del estrés y del embotamiento– porque lo más específico de ellas no se encuentra en su constitución psicológica, sino en sus contenidos objetivos, que provienen propiamente del mundo. Son estos contenidos objetivos los que permiten entender su pertinencia psicológica, su relevancia antropológica e incluso su justeza moral en el interior del hombre. Por eso Hildebrand gusta citar con frecuencia⁸⁹ aquellas palabras de Agustín de Hipona que dicen: "Nuestra doctrina no investiga si un espíritu piadoso se encoleriza, sino el por qué de su cólera; no si está triste, sino la causa de su tristeza; no si él teme, sino la razón de su temor"⁹⁰.

La separación de estas vivencias afectivas de los objetos y sucesos que las suscitan comienza a tener lugar cuando, por decirlo así, se *desplaza* el tema específico de las mismas de los objetos y sucesos que las motivan hacia su pura repercusión subjetiva⁹¹. Cuando se pasa, de manera inconsciente a veces, de los motivos de la cólera a la cólera misma, de las causas de la tristeza a la tristeza como tal, de los objetos temidos al temor en sí, empleando las mismas expresiones de Agustín de Hipona. Particular importancia tiene este fenómeno del "desplazamiento temático" de las vivencias afectivas en las experiencias estéticas, las experiencias morales y las experiencias religiosas del hombre, porque entonces lo importante ya no son los valores cualitativos que hay detrás de ellas –lo bello, lo bueno, lo santo– sino las repercusiones anímicas que provocan⁹².

Esta separación se continúa, posteriormente, con la *acentuación* del movimiento afectivo por encima de los objetos y sucesos motivantes, como si estas vivencias afectivas pudieran tener un sentido por sí mismas, con independencia de todo aquello que las suscita⁹³. Es cuando estas vivencias afectivas corren el enorme peligro de convertirse en meras "emociones" o simples "sentimientos" ocurridos en el interior

⁸⁷ *El corazón*, pp. 36-37.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 99-101.

⁸⁹ *Ética*, p. 209; *El corazón*, p. 36.

⁹⁰ *De civitate Dei*, IX, 5.

⁹¹ *El corazón*, p. 37.

⁹² *Loc. cit.*, p. 37; *cfr.* *Ästhetik* I, capítulo 2.

⁹³ *El corazón*, pp. 37-38.

del hombre, porque entonces se habla exclusivamente de "temores", de "cóleras", de "tristezas" por sí mismas pero, en el fondo, sin sentido específico. Incluso se llega a pensar –las más de las veces– que surgen en el interior del hombre "sin motivo alguno" o "sin razón aparente", como los estados de ánimo.

La consecuencia más notoria de la separación de estas vivencias afectivas de los objetos que las suscitan se encuentra en el *subjetivismo* sentimentaloides que empieza a trastocar estas vivencias⁹⁴ o, peor aún, en la *subjetivación* que muchas veces se hace de la realidad objetiva, que atañe de alguna manera a estas vivencias pero no se identifica con ellas⁹⁵. De esta manera, el deber moral, la obligación jurídica, la belleza estética, la magnificencia religiosa –que son "datos" objetivos del mundo, ópticamente "independientes" del hombre– se convierten en puros "sentimientos" humanos y, por tanto, en meras realidades psíquicas, esto es, en sentimientos "de deber" o "de obligación" y en emociones "de belleza" y "de piedad"⁹⁶.

§ 9.

El esclarecimiento más decisivo que hace Hildebrand en el complejo mundo de la vida afectiva es relativo al carácter "intencional" que tienen unas vivencias afectivas respecto de otras vivencias afectivas⁹⁷. En él se funda la naturaleza espiritual que tienen muchas de ellas, entre las que se encuentran las más importantes de la vida del hombre, como el enternecimiento, la conmoción, el entusiasmo, la compasión, la alegría, la aflicción, el gozo, el amor. De hecho, los prejuicios que antes se han mencionado sobre la esfera afectiva encuentran en este importante dato su contestación definitiva.

Hildebrand concibe la "intencionalidad" como una relación significativa del hombre con los objetos⁹⁸. No toda relación del hombre con los objetos puede considerarse "significativa", aunque desde cierto punto de vista pueda decirse que es una relación "llena de sentido". Cuando el hombre, por ejemplo, busca el agua que requiere beber para subsanar su deshidratación o intenta descansar en el lecho para resarcir su fatiga corporal, establece, ciertamente, relaciones "llenas de sentido" con los objetos que pueden satisfacer en él determinadas necesidades (agua, lecho), pero el sentido de estas relaciones no es "significativo" en modo alguno para el hombre porque son establecidas por este de manera inconsciente y sin haber pasado por el mismo centro personal de su ser. Según Hildebrand, estas relaciones con los objetos son, más bien, "teleológicas"⁹⁹.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 99-101.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 38; *Ética*, pp. 123-124.

⁹⁶ *El corazón*, pp. 38-39.

⁹⁷ *Ibid.*, pp. 65-67; *Ética*, pp. 190-194.

⁹⁸ *El corazón*, pp. 65-66; *Ética*, p. 190.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 193-194.

Las relaciones significativas con los objetos comienzan cuando el hombre puede, por un lado, *cobrar conciencia* de la presencia de dichos objetos y, por el otro, *comprende* de alguna manera el sentido de estos. Estas relaciones significativas con los objetos no serían posibles si estos, dicho sea de paso, no fuesen a su vez portadores de una importancia intrínseca como razón de su sentido¹⁰⁰. Estas relaciones significativas con los objetos tienen lugar, primordialmente, en el ámbito del conocimiento, pues todos los actos de conocimiento que realiza el hombre son esencialmente conscientes e intelectivos. Pero también se encuentran en el ámbito de la voluntad, ya que ningún acto concreto de volición se encamina a su objeto respectivo de manera inconsciente y ciega. Pero, según Hildebrand, también la esfera afectiva es escenario de muchas relaciones significativas con objetos entre sus vivencias¹⁰¹.

Vivencias afectivas de evidente carácter intencional son, por ejemplo, los sentimientos de alegría y de tristeza¹⁰². Alegría o tristeza son vivencias que surgen en el interior del hombre en razón de la "consciencia" que se tiene de ciertos hechos reales. Obtener una buena calificación en un examen o ganar un premio de la lotería hacen surgir en el interior del hombre la alegría; la pérdida de un objeto entrañable o la muerte de un ser querido hacen surgir en el interior del hombre la tristeza.

Estos sentimientos son "intencionales" porque no surgen nunca en el interior del hombre sin la relación significativa con estos hechos; implican, necesariamente, una *toma de conciencia* de estos hechos y un *acto de comprensión* de su sentido por parte del hombre. A su vez, estos hechos exigen tener como contenido una *importancia intrínseca* como fundamento de su sentido pues, si fuesen hechos "neutros" que ocurren en el mundo no habría ninguna razón para que en el interior del hombre se suscitasen estos sentimientos¹⁰³. De manera inversa: si estos hechos tuviesen lugar en el mundo pero el hombre no alcanzara a cobrar "consciencia" de ellos, en el interior de este no se despertaría nunca la alegría o la tristeza; si el hombre no "comprendiera" la importancia intrínseca de estos hechos –aun teniendo conciencia de su existencia en el mundo– tampoco se suscitaría dentro de él la alegría o la tristeza; si los hechos no poseyesen una "importancia" que les confiriera relevancia y dignidad propias, el hombre no experimentaría jamás alegría o tristeza en su interior, con todo y que desde otro punto de vista pudiera llegar a tener de ellos una excelente comprensión de su sentido. Estos tres factores están vinculados entre sí de manera íntima en el surgimiento de la alegría o de la tristeza en el hombre.

Todo esto quiere decir que dichos sentimientos son "motivados" en el hombre por estos hechos y, en razón de ello, no pueden entenderse "al margen" de estos; su cualidad afectiva, por un lado, y su profundidad emocional, por el otro, dependen del

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 190-193.

¹⁰¹ *El corazón*, p. 66.

¹⁰² *Cfr. Las formas espirituales*, pp. 10-18; "El corazón humano", pp. 170-175.

¹⁰³ *Ética*, pp. 128-129.

contenido de valor de estos hechos y del lugar jerárquico en el ser que corresponde a estos¹⁰⁴. Por eso, estos sentimientos no surgen en el hombre sencillamente "porque sí", sin "razón" alguna, incluso en el caso de que broten en el hombre de manera espontánea. Estos sentimientos pueden considerarse con pleno derecho como "racionales".

Las vivencias afectivas que carecen de este carácter "intencional", en cambio, son consideradas "infra-espirituales" por Hildebrand porque no se originan en el hombre a partir de relaciones significativas con hechos intrínsecamente importantes como los anteriores; son vivencias que no implican, en su estructura interna, toma de conciencia o capacidad de comprender alguna. Su existencia en el hombre más bien se debe a causas psicofísicas, como el exceso de fatiga, la ausencia de sueño, cambios de temperatura, variaciones de luz y calor, enfermedades prolongadas, comportamientos sedentarios, agentes irritantes, etc. Este es el caso de estados anímicos como el embotamiento o la melancolía, el malhumor o la irritabilidad¹⁰⁵.

En este tipo de vivencias afectivas es donde mejor se aprecia la diferencia radical que existe entre lo que tiene lugar en el mundo externo como "suceso" y lo que ocurre en el mundo interno como "vivencia". De esta manera, que el hombre esté "cansado" nada tiene que ver con el hecho de haberse ganado un premio de la lotería; que se encuentre "melancólico" es independiente del hecho de haber reprobado un examen en la escuela; que se halle deprimido o de mal humor ninguna relación tiene con el accidente fatal que ha sufrido un amigo querido; que haya amanecido eufórico o de buen humor es algo totalmente aparte al hecho del nacimiento de un hijo. Por esta razón, estas vivencias afectivas pueden contribuir al "oscurecimiento", la "distorsión" o el "ofuscamiento" de los eventos del mundo cuando se hacen presentes en el interior del hombre. Muchas veces son, incluso, una fuente importante de "alteración" de la relación significativa del hombre con estos hechos que, en sí mismos, pueden ser importantes.

§ 10.

Según Hildebrand, las vivencias afectivas de carácter "intencional" se desplazan dentro del hombre en sentidos muy precisos, si bien todas las vivencias afectivas se "mueven" de alguna manera en el interior de este: unas se encaminan de "fuera hacia dentro", en dirección centrípeta, y otras se proyectan de "dentro hacia fuera", en dirección centrífuga. Las primeras se dirigen a los estratos más profundos del alma humana, donde se encuentra el corazón del hombre, mientras las segundas se dirigen del yo del hombre hacia el mundo exterior a este. Hildebrand emplea el nombre de

¹⁰⁴ *El corazón*, pp. 66-67.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 68-69.

"respuestas afectivas" para designar a las últimas¹⁰⁶, mientras que emplea la expresión "ser afectados" para nombrar a las anteriores¹⁰⁷. Alegría y tristeza son ejemplos claros de "respuestas afectivas", lo mismo que el amor y el odio, el respeto y la veneración, la indignación o el entusiasmo. La conmoción o la compasión, el pesar o la aflicción, la vulnerabilidad o el enternecimiento, en cambio, son ejemplos típicos de "ser tocados".

Aunque en sentido estricto no son formalmente libres, las "respuestas afectivas" tienen un carácter marcadamente activo en el interior del hombre, expresan tomas de posición que este asume con relación a los sucesos del mundo, la forma como responde emocionalmente a ellos¹⁰⁸. Estas vivencias son afectos que el hombre dirige, desde su corazón, al valor que poseen dichos sucesos; su "centro de gravedad" se encuentra, por eso, en el hombre mismo. Si bien los distintos modos de "ser tocado" en el corazón por los sucesos del mundo son, en sentido estricto, receptivos, el hombre no es en absoluto pasivo en estos afectos, pues a través de ellos "acoge" dentro de sí estos sucesos y "acompaña" con ellos el despliegue axiológico de los mismos. El "centro de gravedad" de estas vivencias está en los objetos mismos, en su sentido y valor propios¹⁰⁹.

Ambos tipos de vivencias afectivas tienen una enorme importancia antropológica.

Las "respuestas afectivas" impiden la indiferencia del corazón del hombre; expresan el interés que el hombre tiene por los objetos y sucesos del mundo¹¹⁰. Cada vez que el hombre "es tocado" en su interior por los objetos y sucesos del mundo, su corazón se ablanda y también se ensancha, rompe su habitual coraza y cobra nuevo calor¹¹¹. Estas últimas vivencias surgen primero en el corazón del hombre; con ellas comienza el diálogo interior que se entabla entre el hombre y el mundo.

Las otras vivencias se originan después en el corazón del hombre; con ellas culmina el encuentro que tiene lugar entre el mundo y el hombre. La ausencia prolongada en el hombre de este "ser tocado" por los objetos y sucesos del mundo inhibe posteriormente el surgimiento de sus "respuestas afectivas" de manera paulatina; mas la falta sistemática de "respuestas afectivas" por parte del hombre a los objetos y sucesos del mundo convierte con el tiempo esos "tocamientos afectivos" en meros sentimientos sin sentido.

¹⁰⁶ *Ética*, pp. 201-204; *El corazón*, pp. 65-67; *Las formas espirituales*, pp. 10 ss.; "El corazón humano", pp. 170 ss.

¹⁰⁷ *Ética*, pp. 206-209 y 223-225; *El corazón*, p. 86.

¹⁰⁸ *Ibid.*, capítulo 8; *Ética*, pp. 311-329.

¹⁰⁹ *Ibid.*, pp. 206-209.

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 240-241.

¹¹¹ *El corazón*, pp. 42-44.